

# I

---

**M**i padre y mi madre debieron haberse quedado en Nueva York, donde se conocieron, donde se casaron y donde nací yo. En vez de ello, volvieron a Irlanda cuando yo tenía cuatro años, mi hermano Malachy tres, los gemelos, Oliver y Eugene, apenas uno, y mi hermana Margaret ya estaba muerta y enterrada.

Cuando recuerdo mi infancia me pregunto cómo pude sobrevivir siquiera. Fue, naturalmente, una infancia desgraciada, se entiende: las infancias felices no merecen que les prestemos atención. La infancia desgraciada irlandesa es peor que la infancia desgraciada corriente, y la infancia desgraciada irlandesa católica es peor todavía.

En todas partes hay gente que presume y que se lamenta de las penalidades de sus primeros años, pero nada puede compararse con la versión irlandesa: la pobreza; el padre, vago, locuaz y alcohólico; la madre, piadosa y derrotada, que gime junto al fuego; los sacerdotes, pomposos; los maestros de escuela, despóticos; los ingleses y las cosas tan terribles que nos hicieron durante ochocientos largos años.

Sobre todo... estábamos mojados.

A lo lejos, en el Océano Atlántico, se juntaban grandes cortinas de lluvia que subían poco a poco por el río Shannon y se asentaban para siempre en Limerick. La lluvia humedecía la ciudad desde la festividad de la Circuncisión hasta la Nochevieja. Producía una cacofonía de toses secas, de ronquidos bronquíticos, de estertores asmáticos, de ahogos tísicos. Convertía las na-

rices en fuentes, los pulmones en esponjas llenas de bacterias. Inspiraba remedios a discreción: para ablandar el catarro se cocían cebollas en leche ennegrecida con pimienta; para la congestión se preparaba una pasta con harina hervida y ortigas, se envolvía en un trapo y se aplicaba, humeante, al pecho.

De octubre a abril, las paredes de Limerick estaban relucientes de humedad. La ropa no se secaba nunca: los abrigos de *tweed* y de lana albergaban a seres vivos; a veces brotaban en ellos vegetaciones misteriosas. En las tabernas salía vapor de los cuerpos y de las ropas húmedas, que era aspirado con el humo de los cigarrillos y de las pipas, sazonado con las emanaciones rancias de la cerveza negra y del whiskey derramados e impregnado del olor de la orina que entraba a bocanadas de los urinarios exteriores, donde muchos hombres vomitaban su sueldo semanal.

La lluvia nos empujaba a la iglesia, nuestro refugio, nuestra fuerza, nuestro único lugar seco. En la misa, en la bendición, en las novenas, nos apiñábamos en grandes masas húmedas, dormitando mientras el sacerdote hablaba con voz monótona, mientras el vapor subía de nuestras ropas para mezclarse con el olor dulzón del incienso, de las flores y de las velas.

Limerick se labró una reputación de ciudad piadosa, pero nosotros sabíamos que sólo era a causa de la lluvia.

Mi padre, Malachy McCourt, nació en una granja de Toome, en el condado de Antrim. Como su propio padre, se crió desmandado, metido en líos con los ingleses, o con los irlandeses, o con ambos. Luchó en el IRA antiguo, y por algún acto desesperado acabó siendo un fugitivo y pusieron precio a su cabeza.

Cuando yo era niño miraba a mi padre, con su cabello ralo, con los dientes que se le caían, y me preguntaba por qué querría nadie pagar dinero por una cabeza como aquélla. Cuando tenía trece años, la madre de mi padre me contó un secreto:

—Cuando tu pobre padre era un mocito lo dejaron caer de cabeza en el suelo. Fue un accidente, ya no fue el mismo desde entonces, y debes tener presente que la gente que se ha caído de cabeza puede ser un poco especial.

Como habían puesto precio a esa cabeza que había caído al suelo, tuvieron que sacarlo clandestinamente de Irlanda en un carguero que zarpó del puerto de Galway. En Nueva York, en plena ley seca, creyó que se había muerto y que había ido al infierno por sus pecados. Después descubrió los bares clandestinos y se regocijó.

Después de vagar y de beber por América y por Inglaterra anheló la paz en el ocaso de su vida. Regresó a Belfast, que crecía a su alrededor como una erupción. Se dijo «Malditas sean todas sus casas» y se dedicó a charlar con las señoritas de Andersontown. Ellas lo tentaban con manjares exquisitos, pero él las echaba de su lado y se bebía su té. Ya no fumaba ni tocaba el alcohol: ¿para qué, entonces? Había llegado el momento de marcharse, y murió en el hospital Royal Victoria.

Mi madre, de soltera Ángela Sheehan, se crió en un barrio pobre de Limerick con su madre, dos hermanos, Thomas y Patrick, y una hermana, Agnes. No vio nunca a su padre, que había huido a Australia algunas semanas antes de nacer ella.

Después de una noche de beber cerveza negra en las tabernas de Limerick, llega tambaleándose por la calle cantando su canción favorita.

*¿Quién ha tirado el guardapolvos en la sopa de la señora Murphy?*

*Nadie respondió, y él lo preguntó con voz más fuerte.*

*Es una sucia jugarreta irlandesa, y voy a dar una paliza al gracioso*

*Que ha tirado el guardapolvos en la sopa de la señora Murphy.*

Está muy animado y se le ocurre jugar un rato con el pequeño Patrick, de un año. Un chiquillo encantador. Quiere mucho a su papá. Se ríe cuando su papá lo tira al aire. Arribota, mi pequeño Paddy, arribota, arriba por los aires, en la oscuridad, tan oscuro que, ay, Jesús, se te escapa el niño al bajar y el pobrecito Patrick aterrizaba de cabeza, gorjea un poco, gime, se queda callado. La abuela se levanta pesadamente de la cama, con la carga de la criatura que lleva en el vientre, mi madre. Apenas es capaz de levantar del suelo al pequeño Patrick. Gime con un largo gemido junto al niño y se dirige al abuelo.

—Largo de aquí. Fuera. Si te quedas un minuto más te doy con el hacha, loco borracho. Por Dios te digo que me ahorcarán por tu culpa. Fuera.

El abuelo se mantiene firme como un hombre.

—Tengo derecho a quedarme en mi propia casa —dice.

Ella corre hacia él y él se desvanece ante aquel derviche giratorio que lleva en brazos a un niño estropeado y otro sano que le bulle dentro. Sale a tropezones de la casa, baja por el callejón y no para hasta que llega a Melbourne, en Australia.

El pequeño Pat, mi tío, no volvió a ser el mismo. Se crió con debilidad mental, y la pierna izquierda se le iba para un lado, el cuerpo para el otro. No aprendió nunca a leer ni a escribir, pero Dios le otorgó otra bendición.

Cuando se puso a vender periódicos a los ocho años, sabía contar el dinero mejor que el mismo ministro de Hacienda. Nadie sabía por qué lo llamaban Ab Sheehan, el Abad, pero todo Limerick lo quería.

Los apuros de mi madre comenzaron la misma noche en que nació. Allí está mi abuela en la cama, agitándose y jadeando con los dolores del parto, rezando a San Gerardo Majella, santo patrono de las embarazadas. Allí está la enfermera O'Halloran, la comadrona, vestida con sus mejores galas. Es Nochevieja, y la señora O'Halloran espera con impaciencia que nazca este niño para poder marcharse corriendo a las fiestas y a los cotillones. Dice a mi abuela:

—Haga el favor de empujar, ¿quiere? Empuje. Jesús, María y el santo San José, si no se da prisa con este niño, no nacerá hasta el Año Nuevo, y ¿de qué me servirá entonces mi vestido nuevo? Déjese de San Gerardo Majella. ¿Qué puede hacer un hombre por una mujer en unos momentos como éstos, aunque sea santo? San Gerardo Majella, y una mierda.

Mi abuela traslada sus oraciones a Santa Ana, patrona de los partos difíciles. Pero el niño no quiere llegar. La enfermera O'Halloran dice a mi abuela que rece a San Judas Tadeo, santo patrono de los casos desesperados.

—San Judas Tadeo, patrono de los casos desesperados, ayúdame. Estoy desesperada.

Gruñe, empuja, y aparece la cabeza de la criatura, sólo la cabeza, mi madre, y entonces dan las doce y llega el Año Nuevo. En la ciudad de Limerick hay una explosión de silbatos, bocinas, sirenas, bandas, gentes que gritan y cantan «Feliz Año Nuevo», «Llegado ya el momento de la separación», y las campanas de todas las iglesias tocan el Ángelus, y la enfermera O'Halloran llora por su vestido que no le sirvió de nada:

—Esa criatura sigue allí, y yo con la ropa buena. ¿Quieres salir, criatura? ¿Quieres?

Mi abuela da un empujón fuerte y la criatura está en el mundo: es una niña preciosa con el pelo negro y rizado y los ojos azules y tristes.

—Ay, Dios del cielo —dice la enfermera O'Halloran—, esta criatura está entre dos épocas: ha nacido con la cabeza en el Año Nuevo y con el culo en el Viejo; o, mejor dicho, con la cabeza en el Año Viejo y con el culo en el Nuevo. Tendrá que escribir al Papa, señora, para enterarse de en qué año nació. Yo me guardaré este vestido para el año que viene.

Y a la criatura la llamaron Ángela, en recuerdo del Ángelus que sonó a la medianoche, en el Año Nuevo, en el momento en que llegó; y porque de todos modos era un angelito.

*Ámala como en tu infancia  
Aunque esté débil, vieja y llena de canas.  
Pues el amor de madre no te ha de faltar  
Hasta que a ella la lleven a enterrar.*

Ángela aprendió a leer, a escribir y a hacer cuentas en la escuela de San Vicente de Paúl, y cuando tenía nueve años terminaron sus estudios. Probó suerte como asistenta, como criada, como doncella que abría las puertas y que llevaba un sombrero blanco, pero no era capaz de hacer la pequeña reverencia que se exige, y su madre le dijo:

—No tienes maña. No sirves. Eres totalmente inútil. ¿Por qué no te marchas a América, donde hay sitio para las inutilidades de todo tipo? Te pagaré el pasaje.

Llegó a Nueva York justo a tiempo de vivir el primer día de Acción de Gracias de la Gran Depresión. Conoció a Malachy en una fiesta que habían organizado Dan MacAdorey y su esposa Minnie en la avenida Classon de Brooklyn. A Malachy le gustó Ángela y él le gustó a ella. Él tenía un aspecto apocado, resultado de los tres meses que acababa de pasar en la cárcel por haber robado un camión. Su amigo John McErlaine y él se creyeron lo que les habían contado en el bar clandestino: que el camión estaba lleno hasta el techo de cajas de latas de judías con tocino. Ninguno de los dos sabía conducir, y cuando los policías vieron un camión que iba dando bandazos y acelerones por la avenida Myrtle lo hicieron parar. Los policías registraron el camión y se preguntaron por qué querría alguien robar un camión que no contenía judías con tocino sino cajas de botones.

En vista de que Ángela se sentía atraída por el aspecto apocado y de que Malachy se sentía solo después de pasar tres meses en la cárcel, tenía que llegar un tiemblarrodillas.

Un tiemblarrodillas es el acto propiamente dicho, realizado contra una pared, con el hombre y la mujer de puntillas, con tanta tensión que les tiemblan las rodillas a causa de la excitación.

Aquel tiemblarrodillas dejó a Ángela en estado interesante y, por supuesto, hubo habladurías. Ángela tenía unas primas, las hermanas MacNamara, Delia y Philomena, casadas respectivamente con Jimmy Fortune, del condado de Mayo, y con Tommy Flynn, del mismo Brooklyn.

Delia y Philomena eran unas mujeres grandes, con mucho pecho y feroces. Cuando caminaban majestuosamente por las aceras de Brooklyn, las criaturas inferiores se apartaban, les daban muestras de respeto. Las hermanas

sabían lo que estaba bien y lo que estaba mal, y toda duda al respecto podía resolverla la Iglesia, que era Una, Santa, Católica, Apostólica y Romana. Sabían que Ángela, soltera, no tenía derecho a estar en estado interesante y que ellas debían tomar medidas.

Y vaya si las tomaron. Con Jimmy y Tommy a rastras, se dirigieron al bar clandestino de la avenida Atlantic donde se podía encontrar a Malachy los viernes, que eran sus días de cobro cuando tenía trabajo. El encargado del bar, Joey Cacciamani, no quería dejar entrar a las hermanas, pero Philomena le dijo que si no quería que le hundiese la nariz ni que le arrancase la puerta de su marco más le valía abrir, pues llevaban una misión divina. Joey respondió:

—Está bien, está bien, irlandeses. ¡Jesús! Líos, líos.

Malachy, que estaba al final de la barra, palideció, dirigió a las de los pechos grandes una sonrisa forzada, les ofreció una copa. Ellas hicieron caso omiso de la sonrisa y rehusaron la invitación.

—No sabemos de qué especie de tribu de Irlanda del Norte vienes tú —dijo Delia.

—Algunos creen que tienes parientes presbiterianos. Así se explicaría lo que has hecho a nuestra prima —añadió Philomena.

—Bueno, bueno —dijo Jimmy—. Si tiene parientes presbiterianos, no es culpa suya.

—Tú, a callar —dijo Delia.

Tommy se sintió obligado a intervenir:

—Lo que has hecho a esa pobre y desgraciada muchacha es una deshonra para la raza irlandesa y debería darte vergüenza.

—*Och*, me la da —dijo Malachy—. Me la da.

—Nadie te ha pedido que hables —dijo Philomena—. Ya has hecho bastante daño con tus disparates, de modo que cierra el pico.

—Y mientras tienes cerrado el pico —dijo Delia—, hemos venido a procurar que hagas lo que hay que hacer con nuestra pobre prima, Ángela Sheehan.

—*Och*, desde luego, desde luego —dijo Malachy—. Lo que hay que hacer es lo que hay que hacer, y tendré mucho gusto en invitaros a todos a una copa mientras tenemos esta pequeña conversación.

—Coge la copa y métetela por el culo —dijo Tommy.

—Apenas desembarca nuestra primita, estás detrás de ella —dijo Philomena—. En Limerick tenemos moral, ¿sabes? Moral. No somos como las conejas de Antrim, ese hervidero de presbiterianos.

—No tiene aspecto de presbiteriano —dijo Jimmy.

—Tú, a callar —dijo Delia.

—Y hemos notado otra cosa —dijo Philomena—. Tienes un aire muy raro.

—¿Sí? —dijo Malachy con una sonrisa.

—Sí —dijo Delia—. Creo que es una de las primeras cosas que notamos en ti, ese aire raro, y nos intranquiliza.

—Es esa sonrisita falsa de presbiteriano —dijo Philomena.

—*Och* —dijo Malachy—, es que tengo mal la dentadura.

—No hay dentadura que valga, y con o sin aire raro te vas a casar con esa muchacha —dijo Tommy—. Vais a ir al altar.

—*Och* —dijo Malachy—, no tenía pensado casarme, ¿sabéis? No hay trabajo, y yo no sería capaz de sacar adelante...

—Pues te casarás —dijo Delia.

—Irás al altar —dijo Jimmy.

—Tú, a callar —dijo Delia.

Malachy las vio marchar.

—Estoy en un aprieto tremendo —dijo a Joey Cacciamani.

—Y que lo digas —dijo Joey—. Si yo veo llegar a esas nenas, me tiro al río Hudson.

Malachy estudió el aprieto en que estaba. Le quedaban de su último trabajo algunos dólares en el bolsillo y tenía un tío en San Francisco o en algún otro de los santos de California. ¿No estaría mejor en California, lejos de las hermanas MacNamara con sus pechos grandes y de sus maridos torvos? Sí que estaría mejor; y decidió tomarse un trago de whiskey irlandés para celebrar su decisión y su marcha. Joey sirvió el trago y la bebida estuvo a punto de despellejar la garganta a Malachy. ¡Llamar a eso whiskey irlandés! Dijo a Joey que aquello era un brebaje de la Ley Seca que había salido del alambique del mismo diablo.

—Yo no sé nada, yo no hago más que servir —dijo Joey, encogiéndose de hombros.

Pero era mejor que nada, y Malachy pidió otro.

—Y tómate tú otro, Joey, y pregunta a esos dos honrados italianos qué les apetece tomar. ¿Qué dices? Claro que tengo dinero para pagar.

Se despertó en un banco de la estación del ferrocarril de Long Island; un policía le daba golpecitos en las botas con la porra, ya no tenía dinero para

huir y las hermanas MacNamara estaban dispuestas a comérselo vivo en Brooklyn.

Malachy se casó con Ángela el día de San José, un día crudo de marzo, cuatro meses después del tiemblarrodillas, y el niño nació en agosto. En noviembre, Malachy se emborrachó y decidió que ya era hora de inscribir al niño en el registro. Pensó que podría llamar al niño Malachy, como él, pero con su acento de Irlanda del Norte y sus balbuceos alcohólicos el funcionario lo entendía tan mal que no escribió más que «Varón» en el registro de nacimientos.

Sólo a finales de diciembre llevaron a Varón a la iglesia de San Pablo para que lo bautizaran y le impusieran el nombre de Francis, en recuerdo del padre de su padre y del santo encantador de Asís. Ángela quería imponerle un nombre compuesto y llamarlo también Munchin, por el santo patrono de Limerick, pero Malachy dijo que eso sería por encima de su cadáver. Ningún hijo suyo llevaría un nombre de Limerick. Ya era bastante difícil ir por la vida con un solo nombre. Los nombres compuestos eran una costumbre americana atroz, y no hacía falta llevar otro nombre cuando a uno lo bautizan con el del hombre de Asís.

El día del bautizo se produjo un retraso cuando el padrino elegido, John McErlaine, se emborrachó en el bar clandestino y se olvidó de sus responsabilidades. Philomena dijo a su marido Tommy que él tendría que hacer de padrino.

—El alma del niño está en peligro —le dijo. Tommy bajó la cabeza y gruñó.

—Está bien: haré de padrino; pero no me hago responsable si sale como su padre, armando líos y yendo por la vida con ese aire raro, pues si sale así puede recurrir a John McErlaine, el del bar.

—Bien dicho, Tom —dijo el sacerdote—: tú sí que eres un hombre honrado, un buen hombre que nunca ha pisado un bar clandestino.

Malachy, que acababa de llegar del bar clandestino, se sintió insultado y quiso discutir con el sacerdote: sacrilegio sobre sacrilegio.

—Quítese ese alzacuellos y vamos a ver quién es hombre.

Tuvieron que contenerlo las de los pechos grandes y sus torvos maridos. Ángela, madre primeriza, agitada, olvidó que tenía al niño en brazos y lo dejó caer en la pila bautismal, una inmersión total a la manera protestante. El monaguillo que ayudaba al sacerdote sacó al niño de la pila y se lo devolvió



a Ángela, que sollozó y lo apretó contra su pecho, chorreando. El sacerdote se rió, dijo que nunca había visto una cosa así, que el niño era todo un pequeño baptista y que no le hacía falta un sacerdote. Esto puso furioso de nuevo a Malachy, que quiso agredir al sacerdote por haber llamado protestante al niño. El sacerdote dijo:

—Cállate, hombre: estás en la casa de Dios.

Y cuando Malachy dijo «En la casa de Dios, y una mierda», lo echaron a la calle Court, porque no se puede decir mierda en la casa de Dios.

Después del bautizo, Philomena dijo que tenía té, jamón y bollos en su casa a la vuelta de la esquina.

—¿Té? —preguntó Malachy, y ella le respondió:

—Sí, té, ¿o es que prefieres whiskey?

Él dijo que el té estaba muy bien, pero que antes tenía que ir a arreglar cuentas con John McErlaine, que ni siquiera tuvo la consideración de cumplir con sus deberes de padrino.

—Lo único que buscas es una excusa para correr al bar —dijo Ángela, y él respondió:

—A Dios pongo por testigo de que beber es lo último en lo que estoy pensando.

Ángela rompió a llorar.

—Es el día del bautizo de tu hijo y tienes que ir a beber.

Delia le dijo que era un individuo repugnante, pero qué se podía esperar de Irlanda del Norte.

Malachy miró a una, miró a la otra, se balanceó de un pie a otro, se caló la gorra, se metió las manos a fondo en los bolsillos de los pantalones, dijo «*Och, sí*», como dicen en los rincones remotos del condado de Antrim, se dio la vuelta, echó a andar aprisa por la calle Court hacia el bar clandestino de la avenida Atlantic, donde estaba seguro de que lo llenarían de bebida gratis en atención al bautizo de su hijo.

En la casa de Philomena, las hermanas y sus maridos comían y bebían mientras Ángela permanecía sentada en un rincón dando el pecho al niño y llorando. Philomena se llenaba la boca de pan y jamón y decía a Ángela con voz profunda:

—Es lo que te pasa por ser tan tonta. Apenas habías desembarcado y vas y te enamoras de ese loco. Debías haberte quedado soltera, haber dado al niño para que lo adoptaran, y ahora serías una mujer libre.

Ángela rompió a llorar con más fuerza y Delia pasó al ataque.

—Ay, calla, Ángela, calla. Nadie tiene la culpa más que tú, por haberte

quedado embarazada de un borracho del Norte, de un hombre que ni siquiera tiene aspecto de católico, con su aire raro. Yo diría que... que... que Malachy tiene un ramalazo de presbiteriano, de verdad. Tú, a callar, Jimmy.

—Si yo estuviera en tu lugar —dijo Philomena—, procuraría no tener más niños. Él no tiene trabajo, claro que no, y no lo tendrá nunca con esa manera de beber. Así que... ningún hijo más, Ángela. ¿Me escuchas?

—Sí, Philomena.

Un año más tarde nació otro niño. Ángela lo llamó Malachy, por su padre, y le dio un segundo nombre, Gerard, por el hermano de su padre.

Las hermanas MacNamara dijeron que Ángela no era más que una coneja y que no querían tener nada que ver con ella hasta que volviera a su sano juicio.

Sus maridos estuvieron de acuerdo.

Estoy en un parque infantil de la avenida Classon, en Brooklyn, con mi hermano Malachy. Él tiene dos años, yo tengo tres. Estamos en el balancín.

Arriba, abajo, arriba, abajo.

Malachy sube.

Yo me bajo.

Malachy baja. El balancín golpea el suelo. Él chilla. Tiene la mano en la boca y hay sangre.

Ay, Dios. La sangre es mala. Mi madre me matará.

Y allí está ella, intentando correr a través del parque infantil. Su gran barriga la obliga a ir despacio.

—¿Qué has hecho? —dice—. ¿Qué le has hecho al niño?

Yo no sé qué decir. No sé qué he hecho.

Me tira de la oreja.

—Vete a casa. Vete a la cama.

¿A la cama? ¿En pleno día?

Ella me empuja hacia la entrada del parque infantil.

—Vete.

Toma a Malachy en brazos y se marcha, tambaleándose.

El amigo de mi padre, el señor MacAdorey, está ante nuestro edificio. Está al borde de la acera con su esposa, Minnie, mirando a un perro que está tendi-

do en el arroyo. Alrededor de la cabeza del perro hay un charco de sangre. Es del color de la sangre de la boca de Malachy.

Malachy tiene sangre de perro y el perro tiene sangre de Malachy.

Tiro al señor MacAdorey de la mano. Le digo que Malachy tiene sangre como el perro.

—Ah, sí, desde luego, Francis. Los gatos también la tienen. Y los esquimales. Todos tienen la misma sangre.

—Déjalo, Dan —dice Minnie—. Deja de confundir a la criaturita.

Me dice que al pobre perrito lo había atropellado un coche y que se había arrastrado desde el centro de la calle antes de morir. Quería volver a su casa, el pobre animalito.

—Será mejor que vuelvas a tu casa, Francis —dice el señor MacAdorey—. No sé qué has hecho a tu hermanito, pero tu madre se lo ha llevado al hospital. Vuelve a casa, muchacho.

—¿Morirá Malachy como el perro, señor MacAdorey?

—Se ha mordido la lengua —dice Minnie—. No morirá.

—¿Por qué murió el perro?

—Le llegó su hora, Francis.

En el apartamento no hay nadie y yo vago por las dos habitaciones, el dormitorio y la cocina. Mi padre ha salido a buscar trabajo y mi madre está en el hospital con Malachy. Me gustaría tener algo para comer, pero en la nevera no hay más que unas hojas de repollo que flotan en el hielo fundido. Mi padre me dijo que no comiera nunca nada que flotara en el agua porque podría estar podrido. Me quedo dormido en la cama de mis padres, y cuando mi madre me zarandea ya es casi de noche.

—Tu hermanito va a dormir un rato. Casi se ha arrancado la lengua de un mordisco. Le han puesto un montón de puntos. Vete a la otra habitación.

Mi padre está en la cocina tomando té negro en su gran tazón blanco esmaltado. Me levanta y me sienta en su regazo.

—Papá, ¿me cuentas el cuento de Cu Cu?

—Cuchulain. Dilo connigo: Cu-ju-lín. Te contaré el cuento cuando digas bien el nombre Cu-ju-lín.

Yo lo digo bien, y él me cuenta el cuento de Cuchulain, que cuando era un muchacho tenía un nombre diferente, Setanta. Se crió en Irlanda,

donde vivía papá cuando era niño, en el condado de Antrim. Setanta tenía un palo y una pelota, y un día golpeó la pelota y ésta se metió en la boca de un perro grande que era de Culain y lo ahogó. Culain se enfadó mucho y dijo:

—¿Qué voy a hacer ahora sin mi perro grande para que guarde mi casa, a mi mujer y a mis diez hijos pequeños, además de numerosos cerdos, gallinas, ovejas?

—Lo siento —dijo Setanta—. Yo guardaré tu casa con mi palo y mi pelota y me llamaré Cuchulain, el Perro Guardián de Culain.

Y así lo hizo. Guardó la casa, y las regiones vecinas, y llegó a ser un gran héroe, el Perro Guardián de todo el Ulster. Papá decía que fue un héroe mayor que Hércules y que Aquiles, de los que tanto presumían siempre los griegos, y que podía medirse con el rey Arturo y con todos sus caballeros siempre que la pelea fuera limpia, cosa que, naturalmente, nunca podía esperarse cuando se luchaba contra un inglés.

Éste es mi cuento. Papá no puede contar este cuento a Malachy ni a ningún otro niño de los otros apartamentos del pasillo.

Termina el cuento y me deja probar su té. Está amargo, pero yo soy feliz sentado en su regazo.

Malachy tiene la lengua hinchada durante varios días y apenas puede emitir sonidos, mucho menos hablar. Pero aunque pudiera nadie le prestaría atención, porque tenemos dos niños recién nacidos nuevos que trajo un ángel en plena noche. Los vecinos dicen:

—Oh, ah, son unos niños preciosos: mirad qué ojos tan grandes.

Malachy está de pie en el centro de la habitación, levantando la vista a todos, señalándose la lengua y diciendo: «Uk, uk». Cuando los vecinos le dicen: «¿No ves que estamos mirando a tus hermanitos?», él se pone a llorar hasta que papá le da unas palmaditas en la cabeza.

—Métete la lengua, hijo, y sal a jugar con Frankie. Vamos.

En el parque infantil hablo a Malachy del perro que murió en la calle porque alguien le había metido una pelota en la boca. Malachy niega con la cabeza.

—No uk pelota. Coche uk mató perro.

Llora porque le duele la lengua y apenas puede hablar, y es terrible no poder hablar. No me deja que lo empuje en el columpio.

—Tú uk me matas uk en balancín —me dice. Pide a Freddie Leibowitz

que lo empuje y está contento, se ríe cuando sube con el columpio hacia el cielo. Freddie es mayor, tiene siete años, y yo le pido que me empuje.

—No —dice—: tú has intentado matar a tu hermano.

Intento impulsar el columpio yo mismo, pero lo único que consigo es moverlo para delante y para atrás, y me enfado porque Freddie y Malachy se están riendo de mí porque no sé columpiarme. Ahora son grandes amigos, Freddie, de siete años, y Malachy, de dos. Se ríen constantemente, y la lengua de Malachy mejora con la risa.

Cuando se ríe se puede ver lo blancos, lo pequeños y lo bonitos que tiene los dientes y se le ven brillar los ojos. Tiene los ojos azules, como mi madre. Tiene el pelo dorado y las mejillas rosadas. Yo tengo los ojos castaños, como papá. Tengo el pelo negro y mis mejillas se ven blancas en el espejo. Mi madre dice a la señora Leibowitz, del apartamento del fondo del pasillo, que Malachy es el niño más feliz del mundo. Ella dice a la señora Leibowitz, del apartamento del fondo del pasillo, que Frankie tiene el aire raro de su padre. Yo me pregunto qué es eso del aire raro, pero no puedo preguntarlo porque no debería estar escuchándolas.

Me gustaría poder subir en el columpio hasta el cielo, hasta las nubes. Quizás pudiera volar por todo el mundo y dejar de oír a mis hermanos, Oliver y Eugene, llorar en plena noche. Mi madre dice que siempre tienen hambre. También ella llora en plena noche. Dice que está agotada de cuidar a los niños, de darles el pecho y de cambiarlos y que cuatro niños son demasiados para ella. Le gustaría tener una nena sólo para ella. Daría cualquier cosa por tener una nena.

Estoy en el parque infantil con Malachy. Yo tengo cuatro años; él tiene tres. Me deja que lo empuje en el columpio porque no se le da bien columpiarse solo y Freddie Leibowitz está en la escuela. Tenemos que quedarnos en el parque infantil porque los gemelos están dormidos y mi madre dice que está agotada.

—Id a jugar —dice—, y concededme un descanso.

Papá ha salido otra vez a buscar trabajo y a veces vuelve a casa oliendo a whiskey, cantando todas las canciones que hablan de la sufrida Irlanda. Mamá se enfada y dice que se pasa a Irlanda por el culo. Él dice que ésa no es manera de hablar delante de los niños y ella dice que se deje de maneras de hablar, que lo que le hace falta es comida en la mesa y no la sufrida Irlanda. Dice que el día que suprimieron la Ley Seca fue aciago porque papá consigue be-

ber pasándose por las tabernas y prestándose a barrer los bares y a mover barriles a cambio de un whiskey o de una cerveza. A veces trae a casa restos de la comida que le dan gratis, pan de centeno, carne en conserva, pepinillos en vinagre. Deja la comida en la mesa y él bebe té. Dice que la comida es un choque para el sistema y que no sabe cómo podemos tener siempre tanto apetito.

—Tienen tanto apetito porque se están muriendo de hambre casi siempre —dice mamá.

Cuando papá consigue un trabajo, mamá está alegre y canta:

*Cualquiera entenderá por qué quería yo tu beso,  
Tenía que ser, y la razón es ésta,  
¿Puede ser cierto que alguien como tú  
Pueda amarme a mí, amarme a mí?*

Cuando papá trae a casa el sueldo de la primera semana, mamá está encantada porque puede pagar al italiano simpático de la tienda de comestibles y puede volver a llevar la cabeza bien alta, pues en el mundo no hay nada peor que tener deudas y tener que deber favores a nadie. Limpia la cocina, lava los tazones y los platos, quita de la mesa las migas y los restos de comida, limpia la nevera y encarga a otro italiano un nuevo trozo de hielo. Compra papel higiénico para que lo llevemos al retrete que está en el pasillo y que, como ella dice, es mejor que mancharse el culo de negro con los titulares del *Daily News*. Hierve agua en el fogón y pasa un día entero lavando en un gran barreño de estaño nuestras camisas y calcetines, los pañales de los gemelos, nuestras dos sábanas, nuestras tres toallas. Lo tiende todo en el tendedero de la parte trasera del edificio de apartamentos y vemos bailar la ropa al viento y al sol. Dice que a nadie le gusta que los vecinos se enteren por la colada de la ropa que tiene uno, pero que no hay nada como la suavidad de las ropas secadas al sol.

Cuando papá trae a casa el sueldo de la primera semana, la noche del viernes, sabemos que el fin de semana será maravilloso. La noche del sábado mamá pondrá agua a hervir en el fogón y nos bañará en el gran barreño de estaño y papá nos secará. Malachy se dará la vuelta para enseñarnos el trase-ro y papá fingirá que se escandaliza y todos nos reiremos. Mamá preparará chocolate de taza y podremos quedarnos levantados mientras papá nos cuen-

ta un cuento que se inventa. Basta con que le digamos un nombre, el del señor MacAdorey o el del señor Leibowitz, el del apartamento del fondo del pasillo, y papá nos contará que los dos van remando por un río del Brasil, perseguidos por indios que tienen las narices verdes y los hombros de color pardo rojizo. Las noches como ésas podemos dejarnos caer dormidos sabiendo que habrá un desayuno con huevos, tomates fritos y pan frito, té con abundante leche y azúcar, y, más tarde, una gran comida a base de puré de patatas, guisantes y jamón, y un bizcocho borracho que hace mi madre con capas de fruta y natillas calientes y deliciosas sobre un bizcocho empapado de jerez.

Cuando papá trae a casa el sueldo de la primera semana y hace buen tiempo, mamá nos lleva al parque infantil. Se sienta en un banco y charla con Minnie MacAdorey. Cuenta a Minnie anécdotas de personajes de Limerick y Minnie le habla de personajes de Belfast y se ríen, porque en Irlanda hay gente divertida, tanto en el Norte como en el Sur. Después se enseñan mutuamente canciones tristes, y Malachy y yo dejamos los columpios y los balancines para sentarnos con ellas en el banco y cantar:

*Un grupo de soldados jóvenes, una noche en un campamento,  
Hablaban de las novias que tenían.  
Todos parecían muy alegres salvo un muchacho  
Que estaba abatido y triste.  
Ven con nosotros, dijo uno de los mozos,  
Seguro que tienes a alguien.  
Pero Ned levantó la cabeza y dijo con orgullo:  
Estoy enamorado de dos que son como madres para mí;  
Y no voy a dejar a ninguna de las dos.  
Pues una es mi madre, que Dios la bendiga y la ame,  
Y la otra es mi novia.*

Malachy y yo cantamos esta canción y mamá y Minnie se ríen hasta que se les saltan las lágrimas de risa cuando Malachy hace una profunda reverencia y extiende los brazos hacia mamá al final. Dan MacAdorey llega de vuelta del trabajo y dice que Rudy Vallee debería empezar a preocuparse por la competencia.

Cuando volvemos a casa, mamá prepara té y pan con mermelada o puré de patatas con mantequilla y sal. Papá se bebe el té y no come nada. Mamá dice:

—Dios del cielo, ¿cómo puedes trabajar todo el día sin comer?

—Con el té basta —dice él.

—Vas a arruinarte la salud —dice ella, y él vuelve a decirle que la comida es un choque para el sistema. Se bebe el té y nos cuenta cuentos y nos enseña letras y palabras en el *Daily News* o se fuma un cigarrillo, contempla la pared, se pasa la lengua por los labios.

Cuando papá llega a la tercera semana de trabajo, no trae a casa el sueldo. La noche del viernes lo esperamos y mamá nos da pan y té. Cae la noche y en la avenida Classon se encienden las luces. Otros hombres que tienen trabajo están ya en sus casas y están tomando huevos para cenar, porque los viernes no se puede comer carne. Se oye a las familias hablar arriba, abajo y por el pasillo, y Bing Crosby canta en la radio: «Hermano, ¿me das diez centavos?».

Malachy y yo jugamos con los gemelos. Sabemos que mamá no cantará «Cualquiera entenderá por qué quería yo tu beso». Se queda sentada hablando sola, «¿qué voy a hacer?», hasta que es tarde y papá sube tambaleándose por las escaleras cantando *Roddy McCorley*. Abre la puerta y nos llama:

—¿Dónde está mi tropa? ¿Dónde están mis cuatro guerreros?

—Deja a esos niños en paz —dice mamá—. Se han acostado casi con hambre porque tú tenías que llenarte la tripa de whiskey.

Se planta en la puerta del dormitorio.

—Arriba, muchachos, arriba. Cinco centavos para todo el que prometa morir por Irlanda.

*En un espeso bosque canadiense nos encontramos,  
venidos de una isla reluciente.*

*Grande es la tierra que pisamos, pero  
Nuestros corazones están en la nuestra.*

—Arriba, muchachos, arriba. Francis, Malachy, Oliver, Eugene. Los caballeros de la Rama Roja, los hombres fenianos, el IRA. Arriba, arriba.

Mamá está sentada junto a la mesa de la cocina, temblando, con el pelo suelto y húmedo, con la cara mojada.

—¿No puedes dejarlos en paz? —dice—. Jesús, María y José, ¿no te basta con llegar a casa sin un centavo en el bolsillo? ¿Tienes que obligar a los niños a hacer el tonto, encima?

Se dirige a nosotros y nos dice:

—Volved a la cama.



—Yo quiero que estén levantados —dice él—. Quiero que estén preparados para el día en que Irlanda sea libre de costa a costa.

—No me hagas enfadar —dice ella—, porque entonces será un día triste en casa de tu madre.

Él se cala la gorra cubriéndose la cara y exclama:

—Mi pobre madre. Pobre Irlanda. *Och*, ¿qué vamos a hacer?

—Estás loco rematado, de atar —dice ella, y nos manda otra vez a la cama.

En la mañana del cuarto viernes de trabajo de papá, mamá le pregunta si volverá a casa por la noche con su sueldo o si se lo beberá todo otra vez. Él nos mira y sacude la cabeza como diciendo a mamá: «*Och*, no deberías hablar así delante de los niños».

Mamá sigue acosándolo.

—Te estoy preguntando si vas a volver a casa para que podamos cenar algo o si llegarás a medianoche sin dinero en el bolsillo, cantando *Kevin Barry* y todas las demás canciones tristes.

Él se pone la gorra, se mete las manos en los bolsillos de los pantalones, suspira y levanta la vista al techo.

—Ya te he dicho que volveré a casa —dice.

Ese mismo día, más tarde, mamá nos viste. Mete a los gemelos en el cochecito y nos ponemos en marcha por las largas calles de Brooklyn. Algunas veces deja a Malachy subirse al cochecito cuando está cansado de trotar al lado de ella. A mí me dice que soy demasiado mayor para ir en el cochecito. Yo podría decirle que me duelen las piernas de intentar seguir su paso, pero ella no canta y sé que hoy no están las cosas para decir que me duele algo.

Llegamos a una verja grande donde hay un hombre en una caseta con ventanas por todos los lados. Mamá habla con el hombre. Le pregunta si le deja entrar hasta el sitio donde pagan a los obreros y si podrían darle una parte del sueldo de papá para que él no se lo gaste en los bares. El hombre sacude la cabeza y dice:

—Lo siento, señora, pero si hiciéramos eso la mitad de las señoras de Brooklyn entrarían al asalto. Muchos hombres tienen el problema de la bebida, pero no podemos hacer nada mientras se presenten serenos y hagan su trabajo.

Esperamos en la acera de enfrente. Mamá me deja sentarme en la acera apoyado en la pared. Da a los gemelos sus biberones de agua con azúcar, pero Malachy y yo tenemos que esperar a que papá le dé dinero y podamos ir al italiano para comprar té, pan y huevos.

Cuando suena la sirena a las cinco y media empieza a salir por la puerta un enjambre de hombres con gorra y guardapolvos, con la cara y las manos negras del trabajo. Mamá nos dice que busquemos a papá con atención, pues ella casi no ve nada de un lado al otro de la calle: tan mal tiene la vista. Hay hombres a docenas; después sólo hay unos pocos y después no hay ninguno. Mamá exclama:

—¿Por qué no lo habéis visto? ¿Es que estáis ciegos, o qué?

Vuelve a dirigirse al hombre de la caseta.

—¿Está seguro de que no queda dentro ningún hombre?

—No, señora —dice él—. Han salido. No sé cómo ha podido darle esquinazo.

Volvemos por las largas calles de Brooklyn. Los gemelos enseñan los biberones y lloran pidiendo más agua con azúcar. Malachy dice que tiene hambre y mamá le dice:

—Esperad un poco; papá nos dará dinero y todos tomaremos una buena cena. Iremos al italiano, compraremos huevos y haremos tostadas en la lumbrera del fogón y las comeremos con mermelada. Sí, lo haremos así, y estaremos a gusto y calentitos.

Está oscuro en la avenida Atlantic, y los bares próximos a la estación del ferrocarril de Long Island están iluminados y animados. Vamos de un bar a otro buscando a papá. Mamá nos hace esperar fuera con el cochecito mientras entra ella, o me envía a mí. Hay multitud de hombres ruidosos y rancios olores que me recuerdan a papá cuando llega a casa oliendo a whiskey.

El hombre que está detrás de la barra me dice:

—¿Qué quieres, hijo? No deberías estar aquí, ya lo sabes.

—Estoy buscando a mi padre. ¿Está aquí mi padre?

—No, hijo, ¿cómo voy a saberlo? ¿Quién es tu padre?

—Se llama Malachy y canta *Kevin Barry*.

—¿Malakey?

—No, Malachy.

—¿Malachy? ¿Y canta *Kevin Barry*?

Se dirige en voz alta a los hombres que están en el bar:

—¿Muchachos, alguno de vosotros conoce a un tal Malachy que canta *Kevin Barry*?

Los hombres niegan con la cabeza. Uno dice que conocía a un tal Michael que cantaba *Kevin Barry*, pero que se murió por culpa del alcohol que tomaba a causa de sus heridas de guerra.

—Jesús, Pete, ¿es que te he pedido que me cuentes la historia del mun-

do? —dice el barman—. No, chico. Aquí no dejamos cantar a la gente. Se arman líos. Especialmente los irlandeses. Si se les deja cantar, a continuación vienen los puñetazos. Por otra parte, nunca había oído un nombre como ése, Malachy. No, chico, aquí no hay ningún Malachy.

El hombre al que llaman Pete me acerca su vaso.

—Toma, chico, toma un trago.

Pero el barman le dice:

—¿Qué haces, Pete? ¿Quieres emborrachar al chico? Como vuelvas a hacer eso, Pete, salgo y te parto el culo.

Mamá prueba en todos los bares próximos a la estación antes de rendirse. Se apoya en una pared y se echa a llorar.

—Jesús, todavía tenemos que volver a la avenida Classon a pie, y tengo cuatro niños que se mueren de hambre.

Me hace que vuelva a entrar en el bar donde Pete me ofreció el trago para preguntar al barman si me podría llenar de agua los biberones de los gemelos, y quizás ponerles un poco de azúcar a cada uno. A los hombres que están en la barra les parece muy gracioso que el barman esté llenando biberones, pero éste es un hombre grande y les dice que cierran el pico. Me dice que los niños pequeños deben beber leche y no agua, y cuando yo le digo que mamá no tiene dinero él vacía los biberones y los llena de leche.

—Dile a tu mamá que les hace falta para los dientes y para los huesos —dice—. Si beben agua con azúcar, lo único que les da es el raquitismo. Díselo a tu mamá.

Mamá es feliz por la leche. Dice que sabe lo de los dientes, los huesos y el raquitismo, pero que el que pide no escoge.

Cuando llegamos a la avenida Classon va directamente a la tienda de comestibles del italiano. Dice al tendero que su marido se retrasa esa noche, que seguramente está haciendo horas extraordinarias, y le pregunta si sería posible llevarse algunas cosas que le pagará mañana con toda seguridad.

—Señora, usted siempre paga su cuenta tarde o temprano —dice el italiano—, puede llevarse de esta tienda todo lo que quiera.

—Oh, no quiero muchas cosas —dice ella.

—Lo que quiera, señora, porque sé que es una mujer honrada y tiene unos niños preciosos.

Tomamos huevos con tostadas y mermelada, aunque estamos tan cansados de andar por las largas calles de Brooklyn que apenas podemos mover las mandíbulas para masticar. Los gemelos se quedan dormidos después de comer y mamá los echa en la cama para cambiarles los pañales. Me envía a mí

al fondo del pasillo a enjuagar los pañales sucios en el retrete para poder colgarlos a secar y usarlos al día siguiente. Malachy le ayuda a lavar el trasero a los gemelos, aunque también él está a punto de caer dormido.

Me arrastro a la cama con Malachy y con los gemelos. Dirijo la vista a mamá, que está junto a la mesa de la cocina, fumándose un cigarrillo, tomando té y llorando. Quiero levantarme y decirle que pronto seré un hombre y tendré trabajo en el sitio de la verja grande, y llegaré a casa todos los viernes por la noche con dinero para huevos, tostadas y mermelada, y ella podrá volver a cantar «Cualquiera entenderá por qué quería yo tu beso».

A la semana siguiente papá pierde el trabajo. Llega a casa ese viernes por la noche, arroja su sueldo sobre la mesa y dice a mamá:

—¿Estás contenta? Te presentas en la puerta a quejarte y a acusarme, y me despiden. Buscaban una excusa y tú se la ofreciste.

Toma algunos dólares de su sueldo y se marcha. Vuelve a casa tarde, vociferando y cantando. Los gemelos lloran, y mamá los tranquiliza y después pasa mucho rato llorando ella misma.

Pasamos horas enteras en el parque infantil cuando los gemelos están dormidos, cuando mamá está cansada y cuando papá llega a casa oliendo a whiskey, cantando a voces cómo ahorcaron a Kevin Barry un lunes por la mañana o la canción que habla de Roddy McCorley:

*Por la calle estrecha pasó,  
Sonriente, orgulloso y joven;  
Sus rizos dorados están pegados  
A la cuerda de cáñamo del cuello.  
Ni una lágrima en los ojos azules:  
Alegres y luminosos los tiene,  
Roddy McCorley, que va a la muerte  
Hoy, en el puente de Toome.*

Mientras él canta y desfila alrededor de la mesa, mamá llora y los gemelos berrean con ella.

—Vete, Frankie; vete, Malachy —dice—. No debéis ver así a vuestro padre. Quedaos en el parque infantil.

No nos importa ir al parque infantil. Podemos jugar con las hojas que se amontonan en el suelo y podemos empujarnos el uno al otro en los co-

lumpios, pero más tarde llega el invierno a la avenida Classon y los columpios están helados y ni siquiera se mueven. Minnie MacAdorey dice:

—¡Que Dios ampare a estos pobrecitos niños! No tienen ni un guante entre los dos.

Esto me hace reír, porque sé que Malachy y yo tenemos cuatro manos entre los dos, y sería una tontería tener un solo guante. Malachy no sabe siquiera de qué me río: no sabrá nada hasta que tenga cuatro años para cumplir cinco.

Minnie nos hace entrar en su casa y nos da té y gachas con mermelada. El señor MacAdorey está sentado en un sillón con la nueva hija de los dos, Maisie. Sujeta el biberón de la niña y canta:

*A dar palmas, a dar palmas,  
Que papá viene a casa,  
Con bollos en el bolsillo  
Sólo para Maisie.  
A dar palmas, a dar palmas,  
Que papá viene a casa,  
Y papá tiene dinero  
Y mamá no tiene nada.*

Malachy intenta cantar la canción, pero yo le digo que lo deje, que es la canción de Maisie. Se echa a llorar y Minnie dice:

—Ya, ya. Puedes cantar la canción. Es una canción para todos los niños.

El señor MacAdorey sonríe a Malachy, y yo me pregunto qué mundo es éste si cualquiera puede cantar la canción de cualquier otro.

—No frunzas el ceño, Frankie —dice Minnie—. Así se te oscurece la cara, y bien sabe Dios que ya la tienes bastante oscura. Algún día tendréis una hermanita y podréis cantarle esa canción. *Och*, sí. Tendréis una hermanita, seguro.

Minnie tiene razón, y el deseo de mamá se cumple. Pronto llega una criatura nueva, una niña, y la llaman Margaret. Todos queremos a Margaret. Tiene el pelo negro y rizado y los ojos azules como mamá, y mueve las manitas y gorjea como cualquier pajarillo de los árboles de la avenida Classon. Minnie dice que el día que nació esta criatura hubo fiesta en el cielo. La señora Leibowitz dice que no se habían visto nunca en el mundo esos ojos, esa sonrisa, esa felicidad.

—Me hace bailar —dice la señora Leibowitz.

Cuando papá llega a casa de buscar trabajo, coge en brazos a Margaret y le canta:

*En un rincón oscuro, una noche de luna  
Vi a un gnomo.  
Con gorra morada y casaca verde,  
con un pequeño cántaro a su lado.  
Tic, toc, tic, sonaba su martillo  
En un zapatito.  
Oh, me río porque lo atraparon al fin,  
Pero el hada se reía también.*

Se pasea por la cocina con ella y le habla. Le dice lo preciosa que es con el pelo negro y rizado y con los ojos azules de su madre. Le dice que la llevará a Irlanda y que se pasearán por los valles de Antrim y se bañarán en el lago Neagh. Él encontrará trabajo pronto, claro que sí, y ella tendrá vestidos de seda y zapatos con hebillas de plata.

Cuanto más canta papá a Margaret, menos llora ella, y con el tiempo hasta empieza a reír. Mamá dice:

—Miradlo: quiere bailar con esa criatura en brazos, con lo torpe que es. Mamá se ríe, y nos reímos todos.

Cuando los gemelos eran pequeños lloraban, y papá y mamá les decían «chis» y «sss», les daban de comer y ellos volvían a dormirse. Pero cuando llora Margaret, reina en el aire un gran ambiente de soledad y papá salta de la cama en un momento, la coge en brazos, baila despacio alrededor de la mesa, cantándole, haciendo sonidos como una madre. Cuando pasa junto a la ventana por donde entra la luz de la farola se le ven lágrimas en las mejillas, y eso es raro, pues él no llora nunca por nadie si no es cuando ha bebido y canta la canción de Kevin Barry y la canción de Roddy McCorley. Ahora llora por Margaret y no huele a alcohol.

—Está en el cielo con esa criatura —dice mamá a Minnie MacAdorey—. No ha tomado ni una gota desde que nació. Ojalá hubiera tenido una hija hace mucho tiempo.

—*Och*, son preciosas, ¿verdad? —dice Minnie—. Los niños también son estupendos, pero le hace falta una niña que sea sólo para usted.

—¿Sólo para mí? —dice mi madre, riéndose—. Dios del cielo, si no tuviera que darle el pecho no podría acercarme a ella siquiera, porque él quiere tenerla siempre en brazos, día y noche.

Minnie dice que de todos modos es precioso ver a un hombre tan encantado con su niña, pues ¿no están todos encantados con ella?

Todos.

Los gemelos ya se ponen de pie y andan, y sufren accidentes constantemente. Tienen los traseros irritados porque siempre están mojados y cagados. Se meten porquerías en la boca, trozos de papel, plumas, cordones de zapatos, y vomitan. Mamá dice que la estamos volviendo loca entre todos. Viste a los gemelos, los mete en el cochecito, y Malachy y yo los llevamos al parque infantil. El tiempo frío ha terminado y los árboles tienen hojas verdes a un lado y otro de la avenida Classon.

Corremos por el parque infantil con el cochecito y los gemelos se ríen y hacen gu, gu hasta que tienen hambre y rompen a llorar. En el cochecito hay dos biberones llenos de agua con azúcar, y esto los hace callar durante un rato, hasta que vuelven a tener hambre y lloran tanto que yo no sé qué hacer, porque son muy pequeños y me gustaría darles comida de todas clases para que se rieran e hicieran esos ruidos de críos. Les encanta la papilla que les prepara mamá en un cazo, pan machacado en leche con agua y azúcar. Mamá lo llama «pan con dulce».

Si llevo a los gemelos a casa ahora, mamá me chillará por no darle un momento de descanso o por despertar a Margaret. Debemos quedarnos en el parque infantil hasta que ella se asome a la ventana y nos llame. Yo hago muecas a los gemelos para que dejen de llorar. Me pongo un pedazo de papel en la cabeza y lo dejo caer, y ellos se ríen mucho. Llevo el cochecito hasta los columpios, donde Malachy está jugando con Freddie Leibowitz. Malachy está intentando contar a Freddy cómo Setanta se convirtió en Cuchulain. Yo le digo que deje de contar ese cuento, porque es mi cuento. Él no lo deja. Yo lo empujo y llora, «buaa, buaa, se lo contaré a mamá». Freddie me empuja y todo se vuelve oscuro dentro de mi cabeza y yo lo ataco con los puños, con las rodillas y con los pies hasta que él chillá, «Eh, para, para», y no lo hago porque no puedo, no sé hacerlo, y si me paro Malachy seguirá quitándome mi cuento. Freddie me aparta de un empujón y huye corriendo, chillando, «Frankie ha intentado matarme, Frankie ha intentado matarme». Yo no sé qué hacer porque nunca había intentado matar a nadie hasta entonces y ahora Malachy, que está sentado en el columpio, llora, «No me mates, Frankie», y tiene un aspecto tan indefenso que yo lo rodeo con mis brazos y le ayudo a bajar del columpio. Él me abraza.

—No volveré a contar tu cuento. No contaré a Freddie el cuento de Cu Cu.

A mí me dan ganas de reír, pero no puedo, porque los gemelos están llorando en el cochecito y el parque infantil está a oscuras, y ¿de qué sirve intentar hacer muecas y dejar caer cosas de la cabeza de uno cuando no pueden verte porque estás a oscuras?

La tienda de comestibles del italiano está en la acera de enfrente y yo veo plátanos, manzanas, naranjas. Sé que los gemelos pueden comer plátanos. A Malachy le encantan los plátanos, y a mí me gustan. Pero hace falta dinero, y los italianos no tienen fama de regalar plátanos, y menos a los McCourt, que ya les han dejado provisiones a deber.

Mi madre me dice siempre:

—No salgas nunca, nunca, de ese parque infantil si no es para volver a casa.

Pero ¿qué voy a hacer con los gemelos que berrean de hambre en el cochecito? Digo a Malachy que volveré en seguida. Me aseguro de que no mira nadie, cojo un racimo de plátanos ante la tienda de comestibles del italiano y corro por la avenida Myrtle, en dirección contraria al parque infantil, doy la vuelta a la manzana y vuelvo a entrar por el otro lado, donde hay un agujero en la valla. Llevamos el cochecito a un rincón oscuro y pelamos los plátanos para los gemelos. Hay cinco plátanos en el racimo y nos damos un banquete en el rincón oscuro. Los gemelos babean, mastican y se embadurnan de plátano la cara, el pelo, la ropa. Me doy cuenta de que me harán preguntas. Mamá querrá saber por qué están llenos de plátano los gemelos: «¿De dónde los sacaste?». No puedo contarle lo de la tienda del italiano de la esquina; tendré que decirle que nos los dio un hombre.

Eso diré. Un hombre.

Entonces pasa una cosa muy rara. Hay un hombre en la puerta del parque infantil. Me llama. Dios mío, es el italiano.

—Oye, hijo, ven aquí. Oye, te estoy hablando. Ven aquí.

Me acerco a él.

—Eres el chico que tiene los hermanitos pequeños, ¿verdad? ¿Los gemelos?

—Sí, señor.

—Toma. Tengo una bolsa de fruta. No te la doy: es que la voy a tirar, ¿entiendes? De modo que, toma, coge la bolsa. Hay manzanas, naranjas, plátanos. Te gustan los plátanos, ¿verdad? Creo que te gustan los plátanos, ¿no? Ja, ja. Ya sé que te gustan los plátanos. Toma, coge la bolsa. Tienes una ma-



dre muy buena. ¿Y tu padre? Bueno, ya sabes, tiene ese problema, eso de los irlandeses. Da un plátano a los gemelos. Hazlos callar. Los oigo desde la acera de enfrente.

—Gracias, señor.

—Jesús, qué chico más educado. ¿Quién te lo ha enseñado?

—Mi padre me ha dicho que dé las gracias, señor.

—¿Tu padre? Ah, bueno.

Papá está sentado ante la mesa leyendo el periódico. Dice que el presidente Roosevelt es un buen hombre y que todo el mundo tendrá trabajo pronto en los Estados Unidos. Mamá está al otro lado de la mesa dando el biberón a Margaret. Tiene esa mirada dura que me da miedo.

—¿De dónde has sacado esa fruta?

—El hombre.

—¿Qué hombre?

—Me la ha dado el italiano.

—¿Has robado esa fruta?

—El hombre —dice Malachy—. El hombre ha dado la bolsa a Frankie.

—Y ¿qué le has hecho a Freddie Leibowitz? Estuvo aquí su madre. Una mujer encantadora. No sé qué haríamos sin ella y sin Minnie MacAdorey. Y tú vas y pegas al pobre Freddie.

—No, no —dice Malachy, dando saltos—. No intentó matar a Freddie. No intentó matarme a mí.

—Chis, Malachy, chis. Ven aquí —dice papá, y sienta a Malachy en su regazo.

—Ve al fondo del pasillo y pide perdón a Freddie —dice mi madre.

Pero papá dice:

—¿Tú quieres pedir perdón a Freddie?

—No.

Mis padres se miran el uno al otro.

—Freddie es un buen chico —dice papá—. No hacía más que empujar a tu hermanito en el columpio, ¿verdad?

—Quería quitarme mi cuento de Cuchulain.

—*Och*, vamos. A Freddie no le interesa el cuento de Cuchulain. Él tiene cuento propio. Tiene cuentos a centenares. Es judío.

—¿Qué es judío?

Papá se ríe.

—Judío es..., judío es una gente con cuentos propios. No les hace falta Cuchulain. Tienen a Moisés. Tienen a Sansón.

—¿Qué es Sansón?

—Si vas a hablar con Freddie te contaré más tarde quién fue Sansón. Pides perdón a Freddie, le dices que no lo volverás a hacer, y hasta puedes preguntarle quién fue Sansón. Lo que quieras, con tal de que hables con Freddie. ¿Quieres?

La niña pequeña da un pequeño quejido en los brazos de mi madre y papá se pone en pie de un salto, dejando caer a Malachy al suelo.

—¿Está bien?

—Claro que está bien —dice mi madre—. Está comiendo. Dios del cielo, eres un manajo de nervios.

Ahora están hablando de Margaret y se han olvidado de mí. No me importa. Voy al fondo del pasillo a pedir a Freddie que me hable de Sansón, a enterarme de si Sansón es tan bueno como Cuchulain, a enterarme de si Freddie tiene cuento propio o si todavía quiere robarme a Cuchulain. Malachy quiere venir conmigo ahora que mi padre está de pie y ya no tiene regazo.

—Oh, Frankie, Frankie, pasa, pasa —dice la señora Leibowitz—. Y el pequeño Malachy. Y dime, Frankie, ¿qué le has hecho a Freddie? ¿Has intentado matarle? Freddie es un niño bueno, Frankie. Lee su libro. Escucha la radio con su papi. Columpia a tu hermano en el columpio. Y tú intentas matarle. Oh, Frankie, Frankie. Y tu pobre madre con la niña enferma.

—No está enferma, señora Leibowitz.

—Enferma está. Ésa es una niña enferma. Entiendo de niños enfermos. Yo trabajo en el hoztípal. No me cuentes nada, Frankie. Entrad, entrad. Freddie, Freddie, ha venido Frankie. Sal. Frankie ya no te querrá matar. Tú y el pequeño Malachy. Bonito nombre judío. Toma trozo bollo, ¿eh? ¿Por qué te ponen nombre judío, eh? Así que vaso leche, trozo bollo. Estáis muy delgados, niños. Los irlandeses no coméis.

Nos sentamos a la mesa con Freddie, comemos bollo, bebemos leche. El señor Leibowitz está sentado en un sillón leyendo el periódico, oyendo la radio. A veces habla a la señora Leibowitz y yo no lo entiendo, porque le salen de la boca ruidos raros. Freddie lo entiende. Cuando el señor Leibowitz emite los ruidos raros, Freddie se levanta y le lleva un trozo de bollo. El señor Leibowitz sonrío a Freddie y le da una palmadita en la cabeza, y Freddie le devuelve la sonrisa y emite los ruidos raros.

La señora Leibowitz sacude la cabeza contemplándonos a Malachy y a mí.

—Oy, qué delgados.

Dice tantas veces *oy* que Malachy se ríe y dice *oy*, y los Leibowitz se ríen y la señora Leibowitz dice unas palabras que no entendemos:

—Cuando los *oyos* irlandeses sonrían...

La señora Leibowitz se ríe tanto que se le sacude el cuerpo y se tiene que sujetar el vientre, y Malachy vuelve a decir *oy* porque sabe que eso hace reír a todos. Yo digo *oy*, pero nadie se ríe, y sé que el *oy* es de Malachy, del mismo modo que Cuchulain es mío, y Malachy puede quedarse con su *oy*.

—Señora Leibowitz, mi padre me ha dicho que Freddie tiene un cuento favorito.

—San, San, *oy* —dice Malachy, y todos se ríen otra vez, pero yo no me río porque no recuerdo qué venía después de San.

—Sansón —masculla Freddie comiéndose su bollo, y la señora Leibowitz le dice:

—No hables con la foca llena.

Y yo me río porque ella es una persona mayor y dice «foca» en vez de «boca». Malachy se ríe porque yo me río, y los Leibowitz se miran entre sí y sonrían.

—No es Sansón —dice Freddie—. Mi cuento favorito es el de David y el gigante Goliat. David lo mató con un tirachinas, le clavó una piedra en la cabeza. Le cayó los sesos por el suelo.

—Se dice «le tiró» —dice el señor Leibowitz.

—Sí, papi.

Papi. Así llama Freddie a su padre, y yo llamo a mi padre «papá».

El susurro de mi madre me despierta.

—¿Qué le pasa a la niña?

Todavía es temprano y la mañana no ha entrado mucho en la habitación, pero se ve a papá junto a la ventana con Margaret en brazos. La mece y suspira, *och*.

—Está... ¿está enferma? —dice mamá.

—*Och*, está muy callada y está un poco fría.

Mi madre se levanta de la cama y coge a la niña.

—Ve por el médico. Ve, por Dios —y mi padre se pone los pantalones

por encima de la camisa; sin chaqueta, sin zapatos ni calcetines en este día de frío riguroso.

Esperamos en la habitación. Los gemelos están dormidos al fondo de la cama; Malachy se mueve a mi lado.

—Frankie, quiero beber agua.

Mamá mece a la niña en brazos en su cama.

—Oh, Margaret, Margaret, amorcito mío. Abre los preciosos ojitos azules, mi pequeña niñita.

Lleno una taza de agua para Malachy y para mí y mi madre gime:

—Agua para tu hermano y para ti. Muy bonito. Agua, ¿no? Y nada para vuestra hermana. Vuestra pobre hermanita. ¿Habéis preguntado si tenía boca? ¿Habéis preguntado si quiere tomar un trago de agua? No. Vamos, bebed vuestra agua, tu hermano y tú, como si no pasara nada. Es un día como otro cualquiera para los dos, ¿no? Y los gemelos durmiendo tan tranquilos mientras yo tengo aquí en mis brazos a su pobre hermanita enferma. Enferma en mis brazos. Ay, buen Jesús del cielo.

¿Por qué habla así? Hoy no habla como si fuera mi madre. Quiero ver a mi padre. ¿Dónde está mi padre?

Vuelvo a la cama y me pongo a llorar. Malachy dice: «¿Por qué lloras? ¿Por qué lloras?», hasta que mamá vuelve a reñirme.

—Tengo a tu hermana enferma en brazos, y tú gimiendo y lloriqueando. Como vaya a esa cama te voy a dar para que lloriquees con razón.

Papá vuelve con el médico. Papá huele a whiskey. El médico examina a la niña, le da pinchazos, le levanta los párpados, le toca el cuello, los brazos, las piernas. Se incorpora y sacude la cabeza.

—Ha muerto.

Mamá coge a la niña, la abraza, se vuelve hacia la pared. El médico hace preguntas:

—¿Ha habido algún accidente? ¿Ha dejado caer alguien a la niña? ¿Han jugado los niños con ella con demasiada violencia? ¿Ha pasado algo?

Mi padre niega con la cabeza. El médico dice que tendrá que llevarse-la para examinarla, y papá firma un papel. Mi madre suplica que le concedan algunos minutos más con su niña, pero el médico dice que no puede perder más tiempo. Cuando papá intenta coger a Margaret, mi madre se aparta contra la pared. Tiene un aspecto salvaje; su pelo negro y rizado está húmedo en su frente y tiene la cara totalmente sudada, los ojos muy abiertos y la cara brillante por las lágrimas; no deja de sacudir la cabeza y de gemir «Ay, no, ay, no», hasta que papá le quita suavemente a la niña de los bra-

zos. El médico envuelve completamente a Margaret en una manta y mi madre grita:

—Ay, Jesús, la va a ahogar. Jesús, María y José, ayudadme.

El médico se marcha. Mi madre se vuelve a la pared y no se mueve ni emite un solo sonido. Los gemelos están despiertos y lloran de hambre, pero papá está de pie en el centro de la habitación, mirando fijamente al techo. Está pálido y se da golpes en los muslos con los puños. Se acerca a la cama, me pone la mano en la cabeza. Le tiembla la mano.

—Francis, voy a salir a comprar tabaco.

Mamá se queda en la cama todo el día; apenas se mueve. Malachy y yo llenamos los biberones de los gemelos de agua con azúcar. En la cocina encontramos media barra de pan duro y dos salchichas frías. No podemos tomar té porque la leche se ha cortado en la nevera, el hielo se ha fundido otra vez, y todo el mundo sabe que no se puede beber el té sin leche, a no ser que te lo dé tu padre en su propio tazón mientras te cuenta el cuento de Cuchulain.

Los gemelos tienen hambre otra vez, pero yo sé que no puedo darles agua con azúcar día y noche. Hiervo leche cortada en un cazo, machaco con la leche algo de pan duro e intento darles de comer en una taza, pan con dulce. Ellos hacen muecas y corren a la cama de mamá, llorando. Ella no aparta la cara de la pared y vuelven a correr a mi lado, llorando todavía. No quieren comer el pan con dulce hasta que yo disimulo con azúcar el sabor de la leche cortada. Ahora comen, sonríen y se frotan el dulce por la cara. Malachy quiere un poco, y si él puede comerlo, yo también puedo. Todos estamos sentados en el suelo comiendo el dulce y masticando la salchicha fría y bebiendo el agua que mi madre guarda en una botella de leche en la nevera.

Después de haber comido y bebido tenemos que ir al retrete que hay en el pasillo, pero no podemos entrar porque está dentro la señora Leibowitz, que tararea y canta.

—Esperad, niños —dice—; esperad, queridos. No tardaré ni un minuto.

Malachy da palmadas y baila, cantando:

—Esperad, niños; esperad, queridos.

La señora Leibowitz abre la puerta del retrete.

—Miradlo. Ya es todo un actorcito. Y bien, niños, ¿cómo está vuestra madre?

—Está en la cama, señora Leibowitz. El médico se ha llevado a Margaret y mi padre ha ido a comprar tabaco.

—Oh, Frankie, Frankie, ya te dije que era una niña enferma.

Malachy se la está agarrando.

—Tengo que mear. Tengo que mear.

—Pues mea ya. Mead, niños, y vamos a ver a vuestra madre.

Cuando hemos terminado de mear, la señora Leibowitz viene a ver a mamá.

—Oh, señora McCourt. *Oy vey*, querida. Mire esto. Mire estos dos gemelos. Desnudos. Señora McCourt, ¿qué le pasa? ¿Eh? ¿La niña está enferma? Hábleme. Pobre mujer. Y bien, dese la vuelta, señora. Hábleme. *Oy*, qué desorden hay aquí. Hábleme, señora McCourt.

Ayuda a mi madre a sentarse en la cama apoyada en la pared. Mamá parece más pequeña. La señora Leibowitz dice que traerá algo de sopa y me dice a mí que traiga agua para lavar la cara a mi madre. Yo mojo una toalla en agua fría y le humedezco la frente. Ella me aprieta la mano contra sus mejillas.

—Ay, Jesús, Frankie. Ay, Jesús.

No me suelta la mano y yo tengo miedo porque nunca la había visto así. Dice «Frankie» sólo porque es mi mano la que aprieta, pero está pensando en Margaret, no en mí.

—Tu hermanita preciosa está muerta, Frankie. Muerta. Y ¿dónde está tu padre?

Deja caer mi mano.

—¿Dónde está tu padre, he dicho? Bebiendo. Allí es donde está. No hay ni un centavo en casa. No encuentra trabajo, pero sí encuentra dinero para beber, dinero para beber, dinero para beber, dinero para beber.

Echa el cuerpo hacia atrás, da un cabezazo en la pared y grita:

—¿Dónde está? ¿Dónde está? ¿Dónde está mi nena? Ay, Jesús, María y José, ayudadme esta noche. Me voy a volver loca, de verdad, me voy a volver loca perdida.

La señora Leibowitz entra a toda prisa.

—Señora, señora, ¿qué pasa? La niña pequeña. ¿Dónde está?

Mi madre vuelve a gritar:

—Muerta, señora Leibowitz. Muerta.

Le cae la cabeza y se agita de un lado a otro.

—En plena noche, señora Leibowitz. En su cochecito. Debía haberla vigilado. Había pasado siete semanas en este mundo y se ha muerto en plena noche, sola, señora Leibowitz, sola en ese cochecito.

La señora Leibowitz abraza a mi madre.

—Calle, vamos, calle. Los niños recién nacidos se marchan así. Son cosas que pasan, señora. Se los lleva Dios.

—En el cochecito, señora Leibowitz. Junto a mi cama. Podía haberla cogido en brazos; y ella no tenía que morir, ¿verdad? A Dios no le hacen falta los niños pequeños. ¿Qué va a hacer Dios con los niños pequeños?

—No lo sé, señora. No sé nada de Dios. Tómese una sopa. Buena sopa. Le dará fuerzas. Muchachos. Traed cuencos. Os daré sopa.

—¿Qué es cuencos, señora Leibowitz?

—Oh, Frankie, ¿no sabes lo que es un cuenco? Para la sopa, querido. ¿No tenéis un cuenco? Entonces, traed tazas para la sopa. Yo mezclo sopa de guisantes y sopa de lentejas. Sin jamón. A los irlandeses les gusta el jamón. Sin jamón, Frankie. Beba, señora. Bébase la sopa.

Da la sopa a mi madre a cucharadas, le limpia lo que le cae por la barbilla. Malachy y yo estamos sentados en el suelo tomando sopa en tazones. Damos la sopa a los gemelos a cucharadas. Está riquísima, caliente y sabrosa. Mi madre nunca hace sopa como ésta, y yo me pregunto si hay alguna posibilidad de que la señora Leibowitz llegue a ser mi madre. Freddie podía ocupar mi lugar y tener a mi madre y a mi padre también, y podía tener por hermanos a Malachy y a los gemelos. Ya no puede tener a Margaret porque ella es como el perro de la calle al que se llevaron. No sé por qué se la llevaron a ella. Mi madre dijo que murió en su cochecito, y eso debe de ser como que lo atropelle a uno un coche, porque se te llevan.

Ojalá estuviera aquí la pequeña Margaret para tomar la sopa. Yo podría dársela con una cuchara, como se la está dando a mi madre la señora Leibowitz, y ella haría gorgoritos y se reiría como hacía con papá. Ya no lloraría, y mi madre no se quedaría día y noche en la cama y papá me contaría cuentos de Cuchulain y yo ya no querría que la señora Leibowitz fuera mi madre. La señora Leibowitz es agradable, pero yo prefiero que mi padre me cuente cuentos de Cuchulain y que Margaret gorgoje y mamá se ría cuando papá baila con lo torpe que es.

Minnie MacAdorey viene a ayudarnos.

—Madre de Dios, señora Leibowitz, estos gemelos apestan que clama al cielo.

—No sé lo qué opinará la Madre de Dios, Minnie, pero a estos gemelos hay que lavarlos. Necesitan pañales limpios. ¿Dónde están los pañales limpios, Frankie?

—No lo sé.

—No llevan más que trapos a modo de pañales —dice Minnie—. Voy a traer algunos de Maisie. Frankie, quítales esos trapos y tíralos.

Malachy quita el trapo a Oliver y yo forcejeo con Eugene. El imperdible está atascado, y cuando Eugene se retuerce, aquél se suelta, se le clava en la cadera y le hace llamar a mamá a gritos. Pero Minnie ha vuelto con una toalla, jabón y agua caliente. La ayudo a lavar la mierda seca y ella me deja espolvorear polvos de talco sobre la piel irritada de los gemelos. Ella dice que son unos niños buenos y que tiene una gran sorpresa para ellos. Sale al pasillo y vuelve con una cazuela de puré de patatas para todos. Las patatas tienen mucha sal y mantequilla, y yo me pregunto si hay alguna posibilidad de que Minnie llegue a ser mi madre para que yo pudiera comer siempre así. Si pudiera tener de madres a la señora Leibowitz y a Minnie al mismo tiempo, tendría toda la sopa y todo el puré de patatas que quisiera.

Minnie y la señora Leibowitz se sientan junto a la mesa. La señora Leibowitz dice que hay que hacer algo. Estos niños están descontrolados, y ¿dónde está el padre? Oigo que Minnie susurra que ha salido a beber. La señora Leibowitz dice que es terrible, terrible, cómo beben los irlandeses. Minnie dice que su Dan no bebe, que nunca toca el alcohol, y que Dan le dijo que cuando murió la niña ese pobre hombre, Malachy McCourt, iba como loco por la avenida Flatbush y por la avenida Atlantic, que lo echaron de todos los bares de la zona de la estación del ferrocarril de Long Island, que los policías lo habrían llevado a la cárcel si no fuera porque se trataba de la muerte de aquella nena encantadora.

—Aquí tiene cuatro niños encantadores —dice Minnie—, pero eso no lo consuela. Esa niña le había inspirado algo. Ni siquiera bebía desde que nació la niña, ¿sabe?, y eso era un milagro.

La señora Leibowitz quiere enterarse de dónde están las primas de mamá, aquellas mujeres grandes cuyos maridos son tan callados. Minnie las encontrará y les dirá que los niños están abandonados, descontrolados, que tienen el culo irritado y todo lo demás.

Dos días más tarde, papá regresa de su salida a comprar tabaco. Llega en plena noche, pero nos hace levantarnos de la cama a Malachy y a mí. Huele a alcohol. Nos hace ponernos firmes en la cocina. Somos soldados. Nos dice que debemos prometerle que moriremos por Irlanda.

—Sí, papá, sí.



Cantamos juntos *Kevin Barry*:

*En Mountjoy, un lunes por la mañana,  
Muy alto, en el árbol de la horca,  
Kevin Barry entregó su vida joven  
Por la causa de la libertad.  
Era un mozo de dieciocho veranos  
Y nadie podrá negar  
Que cuando marchaba a la muerte esa mañana  
Iba con la cabeza bien alta.*

Llaman a la puerta: es el señor MacAdorey.

—*Och*, Malachy, por Dios, son las tres de la madrugada. Estás despertando a toda la casa con esas canciones.

—*Och*, Dan, sólo estoy enseñando a los chicos a morir por Irlanda.

—Puedes enseñarles a morir por Irlanda de día, Malachy.

—Es urgente, Dan, es urgente.

—Ya lo sé, Malachy, pero no son más que niños. Niños pequeños. Ahora vete a la cama como un hombre honrado.

—¡A la cama, Dan! ¿Qué voy a hacer en la cama? Allí está día y noche su carita, su pelo negro y rizado y sus ojos azules encantadores. Ay, Jesús, Dan, ¿qué voy a hacer? ¿La mató el hambre, Dan?

—Claro que no. Tu señora la estaba criando. Dios se la llevó. Él tiene sus razones.

—Una última canción, Dan, antes de acostarnos.

—Buenas noches, Malachy.

—Vamos, chicos. Cantad.

*Porque amaba a la patria,  
Porque amaba la enseña verde,  
Va a morir como un mártir  
Con gesto orgulloso y alegre.  
Fiel hasta el fin, fiel hasta el fin  
Va por el camino que asciende;  
El joven Roddy McCorley va a la muerte  
Hoy, en el puente de Toome.*

—Moriréis por Irlanda, ¿verdad, chicos?

—Sí, papá.

—Y nos reuniremos todos en el cielo con vuestra hermanita, ¿verdad, chicos?

—Sí, papá.

Mi hermano está de pie con la cara apoyada en una pata de la mesa, y está dormido. Papá lo levanta, atraviesa la habitación tambaleándose, lo deja en la cama junto a mi madre. Yo me subo a la cama, y mi padre, que todavía está vestido, se acuesta a mi lado. Yo tengo la esperanza de que me abrace, pero él sigue cantando la canción de Roddy McCorley y hablando a Margaret, «Ay, mi amorcito de pelo rizado y de ojos azules, te habría vestido de seda y te habría llevado al lago Neagh», hasta que entra la luz del día por la ventana y yo me quedo dormido.

Aquella noche viene a verme Cuchulain. Tiene posado en el hombro un gran pájaro verde que no deja de cantar las canciones de Kevin Barry y de Roddy McCorley, y a mí no me gusta ese pájaro porque le cae sangre de la boca cuando canta. Cuchulain lleva en una mano la *gae bolga*, la lanza que es tan pesada que sólo él puede arrojarla. En la otra mano lleva un plátano, que no deja de ofrecerle al pájaro, pero éste se limita a dar graznidos y a escupirle sangre. Es extraño que Cuchulain soporte a un pájaro así. Si los gemelos me escupieran sangre cuando yo les ofreciese un plátano, creo que les daría en la cabeza con el plátano.

A la mañana siguiente mi padre está sentado junto a la mesa de la cocina y yo le cuento mi sueño. Él me dice que antiguamente no había plátanos en Irlanda, y que, aunque los hubiera habido, Cuchulain no habría ofrecido nunca uno a aquel pájaro, porque era el que vino de Inglaterra a pasar el verano y se posó en su hombro cuando se estaba muriendo, apoyado en una piedra, y cuando los hombres de Erín, que es Irlanda, querían matarlo tenían miedo hasta que vieron que el pájaro se bebía la sangre de Cuchulain, y entonces supieron que podían atacarlo sin peligro, malditos sucios cobardes.

—De manera que debes desconfiar de los pájaros, Francis, de los pájaros y de los ingleses.

Mamá pasa casi todo el día acostada mirando a la pared. Cuando bebe té o come algo lo vomita en el cubo que está debajo de la cama y yo tengo que vaciarlo y lavarlo en el retrete del pasillo. La señora Leibowitz trae su sopa y un pan muy raro que está trenzado. Mamá intenta cortarlo con un cuchillo, pero la señora Leibowitz se ríe y le dice que basta con tirar con la mano. Ma-

lachy dice que es pan de tirar, pero la señora Leibowitz dice: «No, es *challah*», y nos enseña a decirlo.

—Oy, irlandeses... —dice, sacudiendo la cabeza—, podréis vivir para siempre y no aprenderéis a decir *challah* como los judíos.

Minnie MacAdorey trae patatas y repollos y, a veces, un trozo de carne.

—Och, los tiempos son difíciles, Ángela, pero ese hombre encantador, el señor Roosevelt, encontrará puestos de trabajo para todos, y tu marido tendrá trabajo. Pobre hombre, no es culpa suya que haya una Depresión. Busca trabajo día y noche. Mi Dan tiene suerte, cuatro años trabajando para el ayuntamiento y no bebe. Se crió en Toome con tu marido. Algunos beben. Otros no. Es la maldición de los irlandeses. Ahora, come, Ángela. Recupérate de tu pérdida.

El señor MacAdorey dice a papá que hay trabajo en la WPA, y cuando consigue el trabajo hay dinero para comprar comida y mamá se levanta de la cama para limpiar a los gemelos y para darnos de comer. Cuando papá llega a casa oliendo a alcohol no hay dinero, y mamá le grita hasta que los gemelos se echan a llorar, y Malachy y yo salimos corriendo al parque infantil. Esas noches, mamá vuelve a meterse en la cama y papá canta las canciones tristes que hablan de Irlanda. ¿Por qué no la sostiene en sus brazos y le ayuda a quedarse dormida como hacía con mi hermanita que se murió? ¿Por qué no canta una canción que hable de Margaret o una canción que seque las lágrimas de mamá? Todavía nos saca de la cama a Malachy y a mí y nos hace ponernos firmes en camisa y prometer que moriremos por Irlanda. Una noche quiso incluso hacer prometer a los gemelos que morirían por Irlanda, pero ellos ni siquiera saben hablar, y mamá le gritó:

—Loco, desgraciado, ¿no puedes dejar en paz a los niños?

Él nos ofrece cinco centavos para que nos compremos un helado si le prometemos morir por Irlanda, y nosotros se lo prometemos, pero nunca nos da los cinco centavos.

La señora Leibowitz nos da sopa y Minnie MacAdorey nos da puré de patatas, y las dos nos enseñan a cuidar a los gemelos, a lavarles el trasero y a lavar los pañales cuando están llenos de mierda. La señora Leibowitz los llama pañales y Minnie los llama picos, pero no importa cómo los llamen, porque los gemelos los llenan de mierda igual. Cuando mamá se queda en la cama y papá sale a buscar trabajo nosotros podemos hacer lo que queramos todo el día. Podemos subir a los gemelos a los columpios pequeños del parque y co-

lumpiarlos hasta que tienen hambre y lloran. El italiano me llama desde la acera de enfrente.

—Oye, Frankie, ven aquí. Ten cuidado al cruzar la calle. ¿Esos gemelos tienen hambre otra vez?

Nos da trozos de queso y de jamón y plátanos, pero yo ya no soy capaz de comer plátanos desde que el pájaro escupió sangre a Cuchulain.

El hombre dice que se llama señor Dimino y que aquella señora que está detrás del mostrador es su mujer, Ángela. Yo le digo que mi madre se llama así.

—¿En serio, chico? ¿Tu madre se llama Ángela? No sabía que los irlandeses tenían Ángelas. Oye, Ángela, su madre se llama Ángela.

Ella sonrío y dice:

—Qué bonito.

El señor Dimino me hace preguntas acerca de mamá y de papá y me pregunta quién nos prepara de comer. Yo le digo que la señora Leibowitz y Minnie MacAdorey nos dan comida. Le hablo de los pañales y los picos y de cómo se llenan de mierda igual, y él se ríe.

—Ángela, ¿lo oyes? Gracias a Dios que eres italiana, Ángela. Muchacho —me dice—, tengo que hablar con la señora Leibowitz. Tienes que tener parientes que se ocupen de vosotros. Cuando veas a Minnie MacAdorey, dile que venga a verme. Estáis descontrolados, chicos.

Hay dos mujeres grandes en la puerta.

—¿Quién eres? —me preguntan.

—Soy Frank.

—¡Frank! ¿Cuántos años tienes?

—Tengo cuatro años para cumplir cinco.

—No eres muy grande para tu edad, ¿verdad?

—No lo sé.

—¿Está tu madre en casa?

—Está en la cama.

—¿Qué hace en la cama en pleno día, con el día que hace?

—Está durmiendo.

—Bueno, vamos a pasar. Tenemos que hablar con tu madre.

Me rozan al pasar y entran en la habitación.

—Jesús, María y José, cómo huele aquí. Y ¿quiénes son estos niños?

Malachy se acerca corriendo a las mujeres grandes con una sonrisa.

Cuando sonrío se ve lo blancos, lo rectos y lo bonitos que tiene los dientes y se ve también el azul brillante de sus ojos, el rosado de sus mejillas. Todo ello hace sonreír a las mujeres grandes, y yo me pregunto por qué no sonreían cuando hablaban conmigo.

—Yo soy Malachy —dice Malachy—, y éste es Oliver y éste es Eugene, son gemelos, y ése de allí es Frankie.

—Bueno, no tienes nada de tímido ¿verdad? —dice la mujer grande de pelo castaño—. Yo soy Philomena, prima de tu madre, y ésta es Delia, prima de tu madre. Yo soy la señora de Flynn y ella es la señora de Fortune, y así has de llamarnos.

—Cielo santo —dice Philomena—. Estos gemelos están desnudos. ¿No tenéis ropas para ellos?

—Están llenas de mierda —dice Malachy.

—¿Lo ves? —ruge Delia—. Es lo que pasa. Tiene una boca como una cloaca, y no es de extrañar, con un padre del Norte. No digas esa palabra. Es una palabra fea, una palabrota. Podrías ir al infierno por decir una palabra así.

—¿Qué es el infierno? —dice Malachy.

—Bien pronto lo sabrás —dice Delia.

Las mujeres grandes se sientan junto a la mesa con la señora Leibowitz y Minnie MacAdorey. Philomena dice que es terrible lo que pasó con la niña pequeña de Ángela. Se habían enterado, y uno se pregunta qué hicieron con el cuerpecito, ¿verdad? Usted se lo pregunta y yo me lo pregunto, pero Tommy Flynn no tenía dudas. Tommy dijo que Malachy, el del Norte, había vendido a aquella niña por dinero.

—¿Por dinero? —dice la señora Leibowitz.

—Eso es —dice Philomena—. Por dinero. Compran cadáveres de cualquier edad y hacen experimentos con ellos, y no les sobra gran cosa para devolver, ni tampoco querría uno que le devolviesen trozos de niño que no se pueden enterrar en sagrado en esas condiciones.

—Es terrible —dice la señora Leibowitz—. Ningún padre ni ninguna madre entregarían a su hijo para una cosa así.

—Sí lo entregarían cuando tienen el ansia del alcohol —dice Delia—. Cuando tienen el ansia entregarían a sus propias madres, así que ¿qué les importa una niña que, al fin y al cabo, ya está muerta?

La señora Leibowitz sacude la cabeza y se agita en su silla.

—Oy —dice—, oy, oy, oy. Pobre niña. Pobre madre. Doy gracias a Dios porque mi marido no tiene el... ¿cómo lo llaman? ¿El ansia? Eso es, el ansia. Son los irlandeses los que tienen el ansia.

—Mi marido no —dice Philomena—. Si se presentara un día en casa con el ansia le partiría la cara. Pero es verdad que Jimmy, el de Delia, tiene el ansia. Todos los viernes por la noche se le ve entrar en el bar.

—No hace falta que empieces a insultar a mi Jimmy —dice Delia—. Trabaja. Trae su sueldo a casa.

—Será mejor que no lo pierdas de vista —dice Philomena—. El ansia podría dominarlo y entonces tendrías entre manos a otro Malachy del Norte.

—Ocúpate de tus puñeteros asuntos —dice Delia—. Al menos, Jimmy es irlandés y no ha nacido en Brooklyn como tu Tommy.

Y Philomena no tiene respuesta para esto.

Minnie tiene en brazos a su niño y las mujeres grandes dicen que es un niño encantador, limpio, no como este rebaño de Ángela que corretea por aquí. Philomena dice que no sabe dónde ha adquirido Ángela esas costumbres tan sucias, porque la madre de Ángela era limpiísima, tan limpia que se podían comer sopas en sus suelos.

Yo me pregunto por qué querría alguien comer sopas en los suelos habiendo mesas y sillas.

Delia dice que hay que hacer algo con Ángela y estos niños, porque son una deshonra, eso es lo que son, como para avergonzarse de ser parientes suyos. Hay que escribir una carta a la madre de Ángela. Philomena la escribirá, porque un maestro de Limerick le dijo una vez que tenía buen puño. Delia tiene que explicar a la señora Leibowitz que tener buen puño significa tener buena letra.

La señora Leibowitz va a su apartamento del fondo del pasillo a tomar prestada la pluma estilográfica de su marido, papel y un sobre. Las cuatro mujeres se sientan a la mesa y redactan una carta para enviársela a la madre de mi madre:

Querida tía Margaret:

Tomo la pluma para escribir esta carta y espero que cuando recibas la presente estés como estamos nosotros, en buena salud. Mi marido Tommy está bien, trabajando, y el marido de Delia, Jimmy, está bien, trabajando, y esperamos que al recibo de la presente estéis bien. Siento mucho decirte que Ángela no está bien, pues la niña murió, la niña recién nacida que se llamaba Margaret en recuerdo de ti, y Ángela no ha vuelto a ser la misma desde entonces y se queda acostada en la cama mi-

rando a la pared. Lo que es más peor todavía es que creemos que está esperando otra vez, y eso ya es demasiado. En el momento que pierde uno, ya hay otro en camino. No sabemos cómo lo hace. Lleva cuatro años casada y ha tenido cinco niños y otro en camino. Eso te demuestra lo que puede pasar cuando te casas con uno del Norte, pues allí arriba no se controlan, son un montón de protestantes. Sale a buscar trabajo cada día, pero nosotros sabemos que pasa todo el tiempo en los bares y que le pagan algunos dólares por barrer el suelo y por mover barriles y se gasta el dinero en alcohol acto seguido. Es terrible, tía Margaret, y todos creemos que Ángela y los niños estarían mejor en la tierra natal de ella. Nosotros no tenemos dinero para comprar los pasajes, pues corren tiempos difíciles, pero quizás tú pudieras ver la manera. Esperamos que al recibo de la presente estéis bien, nosotros bien, gracias a Dios y a Su Santa Madre.

Queda tu querida sobrina  
Philomena Flynn (de soltera MacNamara)  
y, en último lugar pero no menos importante, tu sobrina  
Delia Fortune (de soltera MacNamara también, ja, ja, ja).

La abuela Sheehan envió dinero a Philomena y a Delia. Ellas compraron los pasajes, encontraron un baúl de viaje en la Conferencia de San Vicente de Paúl, alquilaron una furgoneta para que nos llevara al puerto de Manhattan, nos dejaron a bordo del barco, dijeron «adiós» y «qué alivio» y se marcharon.

El barco se separó del muelle.

—Ésa es la estatua de la Libertad —dijo mamá—, y ésa es la isla de Ellis, por donde entraban todos los emigrantes.

Después se inclinó por la borda y vomitó, y el viento del Atlántico lo esparció todo por encima de nosotros y de otras personas felices que admiraban el panorama. Los pasajeros maldijeron y corrieron, llegaron gaviotas de todo el puerto y mamá se quedó colgada de la barandilla, débil y pálida.